



EL GRAN MONASTERIO

«Pero, hombre, ¿qué le ha hecho a usted para que le trate así?»—me decía. Y entonces le conté lo de aquel que, como censurase acremente a un pintamonas y le dijeran: «Pero, hombre, ¿qué le ha hecho a usted ese pobre hombre para le trate así?», respondió: «¿Y qué le he hecho yo para que pinte tan mal?». Porque hay que advertir que el autor de esta última frase tenía obligación, por su oficio, que estarse a diario al pie de los cuadros del pintamonas, que le impedían trabajar con sosiego y desembarazo. Tan detestables eran. Si hubiera pintado sólo para su casa...

Eso de atribuir ciertas acres censuras a motivos puramente personales y sólo a ellos, eso sí que es villanía, señor, eso es villanía, y no el que un ex ministro y caudillo de un partido de la izquierda del Régimen crea lo que creemos los más de los españoles que creemos algo y lo diga clara y redondamente. Villanía es creer que un súbdito del actual reino de España no puede protestar contra el despotismo que lo corroe y envilece sino por motivos personales. Villanía es creer que con ciertas mercedes se puede ahogar la voz de la verdad.

La víspera de la última Navidad se dió en el ministerio de la Gobernación un espectáculo bochornoso. Tratábase del reparto de unas pesetas. Los reptiles bufaban.

Hínchete a uno de tristeza, de enrañada tristeza, el ver de una parte la fácil claudicación de ciertas gentes, y de otra parte la sensación de fatiga, más bien de hastío, que se apodera al punto de los que en un momento parece que quieren reaccionar. Un aburrimiento soberano baja, como una niebla cargada de gérmenes patógenos, desde las alturas. Algo como lo que los labradores llaman *niebla pesa* sobre los espíritus.

¡Aburrimiento soberano! ¡Aburrirse soberanamente! Lo he dicho antes de ahora y tengo que repetirlo: ¿Sabéis lo que es el aburrimiento soberano, el aburrirse soberanamente? No es el pesimismo, no; es el aburrimiento, que es algo peor; es el aburrimiento soberano de la trágica soledad. Porque la actual sociedad civil española parece una sociedad de solitarios, de monjes, un monasterio, es decir, una no sociedad. Y por eso no se cree sino en los motivos puramente personales, porque donde no hay sociedad los motivos sociales son incomprensibles. «Pero ¿qué quiere?»—se pregunta del que se agita queriendo vivir. No se comprende que se quiera vivir.

Esa terrible niebla del aburrimiento baja desde la cumbre jerárquica del

Poder público. Las más graves decisiones del Gobierno, la firma de un decreto de suspensión de garantías, de una disolución de Cortes, de una convocatoria de ellas, se estampa entre bostezo y bostezo. Y así todos los demás, así los más de nosotros.

Diríase que los españoles de este principio del siglo XX fuimos engendrados por padres agotados, rendidos, a quienes la vida se les escapaba. Diríase que los más de los que deberían ir hacer nuestra historia nacieron cansados, terriblemente cansados, con una herencia de cansancio fatídico. ¿Y así, para qué cansarse en protestar contra nada? Para lo que se ha de conseguir...

Casi nadie trabaja para echar fuera el exceso de energía, para expandirse, para difundirse, para perpetuarse en los demás y en la historia. Se trabaja para poder no trabajar. Apenas si se comprende lo de Nietzsche de que escribía para echar de sí las ideas que le atormentaban, para libertarse de ellas. El goce que se puede hallar en una campaña es, desde luego, un motivo personal, pero no del género de lo que aquí se llama comúnmente motivos personales.

Hay que oír lo que suele llamarse ambición y a lo que se llama políticos ambiciosos. No conozco ninguno. Hubo un momento en que pude creer que Maura era un ambicioso, noblemente ambicioso; luego hemos visto que no. Hubo otro momento en que pudimos creer en la ambición de Lerroux; pero pronto nos hemos percatado de que es una morbosa monomanía de grandezas, una megalomanía, bastante pueril, acaso de origen patológico y acompañada de pánico. Y nadie osa comprometerse.

En el fondo, holganza, cansancio, aburrimiento. ¡Es tan duro, tan trabajoso el hacerse un hombre! Hacer el hombre de la historia, el que, aunque sea anónimo, quede en ella, el que contribuya a crear un porvenir algo distinto del que habría de ser si uno no hubiera sido.

Se habla de masculinidad, y la facultad creativa parece haberse agotado. Los más potentes resultan estériles. Excelentes machos, pero no padres. Y así en el orden del pensamiento. Aquellos a quienes se reputa por más eficaces no dejan nada. Solitarios, solitarios... Esto es un monasterio en medio del yermo.

A los que vivimos en cierta fecunda reclusión provinciana, cada viaje a la villa y corte del reino acaba por traernos una desilusión nueva.

Miguel DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CRÉDITOS SAL. ES.